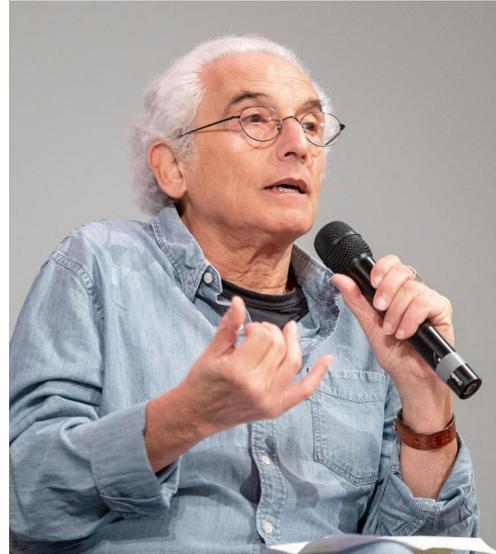




Adriana Puiggrós\* y Adrián Canelotto \*\*

*Miguel Benasayag*

"Ya somos cyborgs"



En este número de la *Revista Argentina de Investigación Educativa*, tenemos el gusto de conversar con Miguel Benasayag, prestigioso filósofo, psicoanalista e investigador en Neurofisiología radicado en Francia desde 1978, cuando debió partir al exilio durante la última dictadura cívico-militar.

**Adriana Puiggrós (AP):** Además de las repercusiones que generó tu libro *¿Funcionamos o existimos? Una*

*respuesta a la colonización algorítmica*, quisiera mencionar algunas asociaciones respecto a la educación y la escuela. Me pareció sumamente interesante que tomaras tu propia biografía e hicieras algo que muy pocos hemos hecho, que no es simplemente una autocrítica, sino una reflexión. A la autocrítica ya la conocemos; es tan vieja como Lenin. Pero, en este caso, hay también una reflexión. Por otra parte, la obra tampoco se queda

\* Doctora en Pedagogía, profesora e investigadora (UBA-UNIFE). Directora de la *Revista Argentina de Investigación Educativa*.

\*\* Secretario de Investigación y Posgrado de UNIFE.



simplemente en lo histórico. Me pareció muy interesante.

**Miguel Benasayag (MB):** Te agradezco, porque tu punto de vista para mí es muy importante.

**AP:** Dije recién, que quería asociar tu libro con el tema de la escuela, porque lo que me preocupa mucho es que la escuela solo funcione. La escuela funciona, pero el neoliberalismo trata de impedir que en ella se exista. Estoy trabajando mucho en torno al pasado y al destino de la escuela, estoy leyendo mucho. Me asusto, porque, de repente, me parece que no tiene ningún destino y, al mismo tiempo, acabo de sacar un libro que se llama *La escuela, plataforma de la patria*. Entonces, me pregunto: ¿por qué digo que la escuela no tiene destino? Me parece que la escuela no tiene ningún destino o, al menos, un destino adecuado al neoliberalismo.

La escuela no perdió los rasgos típicos de la educación ordenada por la sociedad industrial; por el taylorismo, el estajanovismo. Habría que ver qué se perdió, ahora que han cambiado las formas de trabajo y de explotación. ¿Cómo se traduce esto? Estoy viendo por la ventana una chica trabajando: tiene el celular pegado y, al mismo tiempo, barre, agarra cosas. El otro día vi un jardinero agarrado con una mano de las ramas más altas de un árbol; mientras con la otra sostenía el celular. Ninguno de los dos dejaba de hablar aceleradamente.

Ahora, la escuela funciona. Está destinada a controlar el tiempo, los cuerpos; y no solamente en cuanto a contenidos. Ya no se trata de un tema

de contenidos. Se recibe el plumazo de contenidos en la formación docente, pero ¿en qué momento se habla del método? Me refiero al método en un sentido amplio, y no a la farsa metodológica del neoliberalismo pedagógico. Vos hablás de Rodolfo Kusch; yo me remitiría a Pablo Freire y, en algunas cosas, a Enrique Dussel, pero lo dejo para después. Esta es mi primera reflexión. ¿Funcionamos o existimos?

**MB:** Quería empezar con un comentario que hiciste con respecto a tu libro reciente y, no sé si al pesimismo, pero a la pesadez de la época actual. Me parece que hoy la ética profunda, no la moralina, pasa por lo que vos misma estás describiendo. O sea, por un lado, uno ve el horizonte oscuro, amenazas, un momento muy feo del mundo. Y, a la vez, pienso que esa es la ética actual. Es una ética según la cual no tenemos que tener la pretensión de comprender para dónde va el mundo, encontrar un nuevo sentido histórico, o algo por el estilo, sino afrontar esto situacionalmente. Decir: “yo no sé cómo se hará para salir de acá, pero lo que sé en cada situación es dónde está el derecho y el revés”. Podemos analizar por qué se habla de *posverdad*, pero es cierto que no todo es lo mismo. En ese “no todo es lo mismo”, hay que ser fiel a lo que se sabe y se expresa. En tu caso, hay que poder decir: “veo todo esto y saqué un libro que habla de la escuela”.

Comparto eso y me parece que es la ética de nuestra época; una ética a la que, dejando los grandes sistemas y promesas, tenemos que apostar. Creo que, efectivamente, hace ya mucho tiempo que el nuevo paradigma del funcionamiento ganó. O sea, frente a



esta época tan oscura, tan complicada, tan compleja, el mundo cibernético, el mundo del funcionamiento, ese mundo que asimiló el cerebro a una computadora, el mundo que hace la pedagogía de la competencia ya ganó.

Comparto la idea de que no se puede mirar para atrás con un retrovisor para decir que todo era mucho mejor. No es cierto que era mucho mejor, y la propia escuela era muy problemática. El desafío es ver qué hacer con este mundo hibridado sin oponer ficticiamente el hombre a la tecnología. Es mejor decir, ante la chica que está barriendos y hablando por el celular, que ella no se da cuenta de que es un cyborg, pero lo es. No hace falta que nos salgan antenas, que fenotípicamente estemos cambiados para ser un cyborg. La ciencia ficción nos había acostumbrado a esta idea de que nos iban a salir antenas, pero no es lo que pasa. Nos van a poner un chip subcutáneo rápidamente, como a los perros o a los gatos. En realidad, ya somos cyborgs. El desafío frente a este cambio total del mundo y de nosotros mismos es preguntarse: ¿por dónde pasa la libertad, la emancipación?, ¿por dónde se protege la vida? O sea, para qué se educa, cómo se educa sin nostalgia y sin dejarse llevar por la fascinación de la tecnología.

**AP:** Eso en la formación de los profesionales me parece fundamental. Los profesionales, sean los médicos o los docentes, son formados, sobre todo, para ser parte de un aparato perimido. Entonces, después hablamos de la crisis del sistema médico. Aunque sea un desastre, por razones económicas, por razones de la locura de los que nos gobiernan, etcétera, de todas maneras

no hay signos de otra cosa, de otra manera de pensarlo. Quizás la idea de salud y la idea de la institución médica, diría Michel Foucault, quién sabe cómo se construyó; cómo se construyó la clínica en general como concepto y la clínica como institución. Es muy difícil el cambio, pero lo que me preocupa es que no aparecen nuevas ideas. Modificar un poco la escuela es una cosa difícil, y sobre eso hay montones de experiencias, como la escuela nueva o escuela activa. Intentó modificaciones y, de hecho, influyó en América Latina con cambios desde diferentes ideologías. La más difundida es la de Maria Montessori, que era fascista; o, antes, la de los utopistas. Entre estos, el único que pensó desde el capitalismo, desde adentro del capitalismo, fue Henri de Saint-Simon. Robert Owen, Charles Fourier se ponían por fuera. Ahora no hay afuera.

**MB:** No hay afuera.

**AP:** Claro. Ese es el asunto.

**MB:** Retomo la última frase: efectivamente, no hay afuera. Martin Heidegger en un momento es antipático, pero importante. Va a decir que la tecnología no es un instrumento en las manos de la gente, sino que crea un mundo diferente. Un nuevo mundo. En realidad, nosotros ya estamos en ese nuevo mundo, o sea que nos mudaron sin que nos diéramos cuenta. Pero la gran sorpresa es que no solamente cambiamos de casa, sino que hubo una transformación de nosotros como seres en el mundo. O sea, la gente de nuestra generación vive en dos mundos diferentes, y, en este, el actual, medio



que nos chocamos contra las paredes. Ahora, ese hombre nuevo, no tiene nada que ver con lo que decíamos antes del hombre nuevo... Cuando se habla sobre el objetivo de educar, el actual hombre nuevo está ilustrado en la pedagogía de las competencias. Entonces, te dicen, hay que aprender a aprender y aprender a olvidar lo que aprendiste; perder esa fluidez que permite, de repente, enseñar una disciplina. Si a Pedrito le gusta la botánica, va a quedarse un poco pegado a los contenidos de la botánica, y eso no está bien, porque Pedrito tiene que ser fluido; tiene que poder pasar de la botánica a la geometría, a la biogeometría. Y eso no está bien. ¿Por qué? Porque los saberes están en los *big data*. Parece que no hace falta Pedrito, y que eso es culpa de su cerebro.

Para nosotros, los que vivimos en el mundo de antes, los que conocemos dos mundos, educar, bien o mal, era participar en una cierta escultura del cerebro, del cuerpo, de la sociabilidad. De repente, ahora, nos encontramos en un mundo donde todo es ultra fluidez. El ser humano es educado para que sea un nexo, un lazo que solo gestiona información. Si Pedrito, por afinidad electiva, se interesa por una disciplina, eso va a dificultar su capacidad de *fitness*, de adaptación. Cuando mañana esa disciplina no sirva más al mercado... Hay un vaciamiento del ser humano y de la Modernidad. La currícula queda de lado. Cuando nosotros hablamos de funcionar, entendemos que es algo importante, porque se trata de funcionar en un sentido pesado, no en el sentido de un funcionamiento que tiene que ser una fluidez sin ningún contenido preciso.

Eso, en realidad, debilita muchísimo a los chicos. Pude trabajar en neurofisiología cómo el cerebro va perdiendo su potencia, cómo hay una especie de debilitamiento de las capacidades y la potencia de los chicos. Esto no tiene ninguna connotación tecnófoba: simplemente tenemos que poder ver que hace ya tiempo una corriente peligrosa se fue tornando mayoritaria, con un modo particular de construir la vida, se trate de un hombre o de una mujer.

**AP:** Claro. Ahora, con relación a eso, hay varias cosas, pero una de ellas es la que planteábamos antes en líneas generales: el tema de la verdad. ¿Qué es la verdad?, ¿qué quiere decir *verdad*? Es que vivimos asentados en la verdad, ¿no? Yo le tengo mucha admiración a Jorge Bergoglio y lo conocí, además tengo algunas anécdotas muy lindas con él. A veces pienso: qué lástima que no creo en su verdad. Cómo me gustaría creer en una verdad. Ser parte de una verdad. Pero el problema es que también en los setenta éramos parte de una verdad o habíamos elegido ser parte de una verdad. Ahora, lo que vamos a descubrir es que la tal verdad es una construcción de una época. Digamos que, en la Antigüedad, las verdades eran muchas y estaban menos sistematizadas. Formaban parte no exactamente de un logos, sino de una forma de vida. La vez pasada, en la entrevista que tuvimos, me equivoqué todo el tiempo; dije “Al Alcalá” en vez de “Al Andaluz”. Después me puse a buscar qué me pasó, pero nunca encontré por qué fue el lapsus. Pero, ¿por qué saco esto? Porque una de las cosas que a mí me interesa de Al Andaluz es la convivencia entre tres



religiones que tienen una verdad en común. Y esa verdad en común es el monoteísmo. Hay un dios que ordena todo. Por eso, de una u otra manera, sobrevivieron.

Ahora, ¿qué hacemos nosotros sin verdad? Ni hablar de la narración escolar, que se apoya en la verdad, en las verdades, que además vienen muy armadas, muy atadas desde hace tiempo. O sea, no se trata de un cursillo; hay una larga historia de enseñanza. En cualquier programa de historia de la educación argentina o historia general de la educación, de los que se usan no solo acá, sino en toda América Latina, todo empieza en 1492. Este tipo de recorte no se da solo en la enseñanza de historia, sino, me parece, en la enseñanza de todas las disciplinas. Y ahí hay una verdad. O sea, cualquiera al que uno le pregunte cuál es el hecho más importante que recuerda va a decir Colón. Ahora llegó a la enseñanza que Colón en realidad es judío, lo cual es una gran cosa, porque además se trajo un montón de mahometanos y de judíos, sin cuyos saberes nunca hubiera atravesado el mar. Pero, entonces, resulta que ahora estamos en una época de globalización, pero de dispersión de los conocimientos. Y esto es muy difícil. Uno lo ve en las escuelas: es muy difícil que aquello que aprenden los chicos pueda ser insertado en algún cierto tipo de orden (tampoco me gusta la palabra), que tenga algún tipo de organización. Si no, queda disperso. De modo que no solamente se trata de lo bueno y lo malo, ni de lo deficiente o no eficiente, porque ahora nada de lo que se aprende en la escuela es "eficiente" o "eficaz", si uno lo piensa con profundidad, ¿no?

**MB:** Esta es la problemática de la verdad. Pero primero quería mencionar que hace un mes el Papa Francisco me había invitado al Vaticano. Fue para hablar de mi trabajo sobre vida e inteligencia artificial y vida e inteligencia biológica. Yo lo conocí como Francisco, vos lo conociste antes como Bergoglio, o sea, lo frecuentaste. Hablando con él, le digo: la diferencia entre inteligencia artificial y vida biológica es importante, si queremos resistir a esta colonización algorítmica. Le dije –y pensé: estoy loco, estoy hablando de esto en el Vaticano–: "el alma no es suficiente". Y él me contestó: "para eso te llamamos". Lo cual me encantó, porque quiere decir, justamente, con respecto a lo que vos señalabas, que esa molestia respecto de la verdad también la comparte Francisco. Para él, en todo caso, será la verdad de la Iglesia. Como Papa tiene la cobertura para decir *alma*, pero entiende también que no es suficiente decir que la máquina no tiene alma. ¿Te das cuenta? O sea, tiene por lo menos esa cordura, ese realismo; el de decir que hacen falta otros instrumentos, porque, y él lo entiende, si vos le oponés el alma, la topadora te pasa por arriba y se acabó.

Ahora, yo quería volver al tema que desarrollaste sobre la verdad. No como dogma ni teoría, sino trabajando empíricamente en investigación, fui llegando a la convicción de que el mundo cibernético, el mundo de la inteligencia artificial, de la vida artificial, este mundo, nuestro mundo, es un mundo donde las nuevas posibilidades que emergen modifican la realidad. ¿En qué sentido? Por ejemplo, cuando hace treinta años veías una foto retocada de Juancito y María,



decías “esta foto es mentira, lo hicieron para comprometerlos”. Hoy, cuando una foto es construida por inteligencia artificial, no podés decir “es mentira”. O sea, hay algo de esa famosa obra de arte en la época de su reproductividad técnica de la que hablaba Walter Benjamin. Acá pasa algo con el racismo europeo: en los contestadores de atención telefónica a ciudadanos que tienen los Estados europeos, con una inteligencia artificial les modifican a los extranjeros el acento y les sale un francés perfecto. Entonces, vos decís, “es mentira”. No, no es mentira.

Ya no es como meter trampa en una foto o llamar a alguien por teléfono simulando una voz para engañarlo. No, acá se trata realmente de una modificación que crea nuevas dimensiones de la realidad. La foto de inteligencia artificial, Gardel cantando una canción que nunca cantó, no es mentira, es una modificación total de la realidad, y por eso aparece el tema de la posverdad. ¿Cuál es la diferencia? Creo que para evitar que todo sea simulacro, son los cuerpos los que resisten. O sea, para los cuerpos, para los cuerpos vivos, para nosotros, no todo es lo mismo. Me parece que la educación, las orientaciones que nosotros tenemos que buscar, tienen que volver hacia lo que el cuerpo sabe y que la inteligencia no sabe, y que la inteligencia artificial tampoco puede saber. Hay un montón de saberes del cuerpo, saberes de experiencia, que nosotros tenemos que tratar, no de oponer a la máquina, pero sí tender a una cohabitación. En la educación, sobre todo en los programas de educación, tenemos que tratar de orientar la educación hacia la experiencia, porque eso es lo que resiste al todo máquina.

**AP:** El tema es evidentemente no descartar a las máquinas. Estoy pensando de nuevo en la escuela: no descartar a las máquinas, sino acentuar la diferencia. Acentuar la diferencia es reconocer el cuerpo, y esto a la escuela le cuesta mucho. Entre sus funciones está la de disciplinar el funcionamiento de los cuerpos. Ahora, frente a mi ventana, de nuevo tengo al jardinero podando con un celular. Es increíble, parece que hubiera venido hoy a propósito. Pero, el tema es enseñar a diferenciar el cuerpo de la máquina y respetar la máquina. El señor no tiene una máquina, sino que tiene una serie de herramientas. Dentro de un tiempo, probablemente, ya no va a venir: tendremos algún aparato que cortará todas las enredaderas. El problema es si es necesario educarnos, educar, como para entender qué es la máquina y qué es el cuerpo. Me parece muy difícil transformar el sistema educativo.

Además, este sistema educativo no es eterno. Parto de la idea de que educar es necesario para la sobrevivencia de las sociedades, mejor dicho, de los humanos. No voy a decir de los antropos, porque no me gusta, no me alcanza; lo del historiador Yuval Noah Harari<sup>1</sup> menos. Digamos, la sobrevivencia de los humanos tiene que ver con la herencia, ¿no? Herencia, sobrevivencia. Entonces, es una cosa para analizar. En cualquier aspecto de la educación, y tomo de nuevo lo de los profesionales, existe la necesidad de diferenciar entre la herencia y lo

1 Autor de *Nexus: Una breve historia de las redes de información desde la Edad de Piedra hasta la IA*, Editorial Debate, Madrid, 2024.



nuevo, y hacia dónde se va. No podemos obviar que en el medio tenemos los grandes intereses. Me parece que el ejemplo médico es importante, porque en medio se mete, por ejemplo, la industria farmacéutica; una industria que no solamente derroca gobiernos, como en Chile, sino que además mete otro lenguaje y todo el tiempo por televisión se escucha "tome tal medicamento". ¿Dónde está la diferencia? Entre el cuerpo y aquello que nos tratan de enseñar de manera muy integrada y reproductiva de este capitalismo que estamos viviendo. Entonces, me parece que la escuela, a veces, no tiene defensas. No sabe cómo reacomodarse. Si uno piensa para atrás, son muy pocos los aportes que ha habido al respecto. No estoy hablando de mis colegas de esta época que piensan mucho en eso, sino en términos históricos. El tema, además, es el tiempo. Yo decía: la verdad es una cosa del tiempo. Las instituciones educativas son habilísimas, están diseñadas para tomarle a uno el tiempo, para regular el tiempo. Regular el tiempo es regular el cuerpo; es regular la posibilidad de pensar la utopía, que es el otro concepto que me interesa muchísimo.

**Adrián Cannellotto (AC):** Ya que le estamos dando vuelta a la cuestión del cuerpo, Miguel, vos en uno de los escritos, cuando planteás la diferencia entre la inteligencia orgánica y la artificial, retomás el tema del cuerpo, que tiene una larga tradición en la filosofía y a uno le resuena también a propósito de la discusión. Luego planteás algo que está muy presente en el mundo de la divulgación, que, por un lado, llega al gran público, y que afecta

sustantivamente también a la educación. Me refiero a un cierto enfoque en las neurociencias, que reducen todo a una suerte de materialismo orgánico y, por supuesto, entronan la categoría *cerebro*, sobre la cual también hacés un despeje para entender que el que piensa es el cuerpo, no el cerebro. Te pregunto, en línea con lo que decía Adriana sobre un debilitamiento de la noción de formación, sobre ciertas ideas presentes en la escuela. Esta cuestión de las neurociencias, de la reducción a cierto materialismo orgánico, ¿va de la mano de estos avances de la de la cibernética? ¿Hay algo así como una referencia de unos a otros; de la neurociencia de la cibernética, por lo menos conectadas por esa idea de cerebro?

**MB:** Simplemente hago un pequeño paréntesis con respecto a lo que decía Adriana. Me acuerdo muy bien del primer presidente derrocado por los laboratorios farmacéuticos: Arturo Illia. Es el único presidente del que tengo una foto (quizá también hubiera puesto una de Nelson Mandela). Este pobre santo se equivocó, no podía ser presidente. ¿Y quién lo derrocó? Los laboratorios farmacéuticos. O sea, el poder de los laboratorios farmacéuticos viene desde hace mucho.

Lo que está pasando con todo este auge de la neurociencia, el neuro todo, como dice un amigo que tengo, en realidad es el mundo ganado por los ingenieros. No tenemos tiempo, ni es el momento, pero, por ejemplo, cuando vemos lo que en cibernética llaman una neurona, una red de neuronas, un estudiante de primer año de medicina o de biología dice: "¿de qué están hablando?" No voy a desarrollar esto ahora,



pero históricamente viene un poco de Jean Pierre Changeux, que había escrito el famoso libro *El hombre neuronal*. Allí él elabora todo un programa en el que plantea que estamos en capacidad de abolir la frontera que separa lo mental de lo neural, y lo neural funciona como una máquina digital.

En realidad, lo que está pasando es que hubo una especie de analogía, un cómo si, pero del que se borró ese *cómo si* y ahora no solamente la analogía no es de la máquina con respecto al cerebro, sino del cerebro con respecto a la máquina. O sea, estamos comparando al cerebro con la realidad. La realidad es la máquina.

Es un desastre. Efectivamente, se percibe cuando se escuchan cotidianamente frases como “el cerebro se va a equivocar si vos le das azúcar” o “el cerebro no entiende esto”. El cerebro aparece como una nueva entidad separada, metafísica. Eso desde el punto de vista neurológico no existe; es absolutamente una formación con la que se trata de justificar o naturalizar la máquina.

Lo que pasa es que la existencia misma en su complejidad hace que no se tenga la menor idea de cómo se engancha uno con la existencia, con la herencia. Justamente, se trata de lo que esa herencia va esculpiendo generación por generación. Te das cuenta que, de repente, tenés un enganche con el cigarrillo o con la droga o con lo que venga y es tu destino. Eso no quiere decir que sea una fatalidad, pues podés tratar de ver cómo hacer. Pero el sesgo cognitivo es un realismo de pacotilla, donde se cree que hay una realidad exterior a la cual mi funcionamiento cerebral debe adaptarse. Esto es como una especie de auge reaccionario total,

donde el cerebro efectivamente debe adaptarse al sesgo cognitivo. Es increíble, ¿no? Porque eso mismo es lo que quiere decir sesgo cognitivo: adaptarse a una realidad. Pero ¿a qué realidad, hay una realidad unívoca?

De repente, se trata ahora de salir un poco de la fascinación de la máquina y de decir: “nosotros ¿qué somos?” Ahora, eso no crea un binarismo humano-máquina, porque híbridos estamos todos. Pero hay que ver cómo se orienta esta hibridación. O sea, ese es un punto de litigio. Hay gente que piensa que todavía estamos humanos y máquinas. Yo creo que no, que somos cyborgs, que la hibridación ya es un hecho y que hay que ver cómo se puede orientarla protegiendo la vida y una cierta idea de justicia social. Nadie es inocente, sabemos muy bien los intereses que hay detrás.

**AP:** Ahora, en el ejemplo que daba hace un rato: un profesor pide que se busquen unos resultados. Es decir, que avala (o, mejor, impone) el uso de la inteligencia artificial. No solamente le parece bien: ahí hay una renuncia a su propia existencia. No existe más como persona, como ser humano.

Esto se vincula con otra cosa (y con varias): la humanidad tiene que encontrar formas de no subsistir. La palabra es *ser*, el ser, el ser de Friedrich Nietzsche; otra idea de ser. Eso, tiene que encontrar otra idea de ser. Ahora, esto se vincula también con la discusión sobre la utopía. ¿Cómo vamos a educar sin utopía? La educación tiene como un elemento central a la utopía (no digo el progreso). Por eso, en ese sentido, respeto mucho a las religiones, porque en ellas hay una



utopía. También hay una verdad dura, pero allí hay utopía. Es posible imaginar otra vida.

Anoche leía una novela donde alguien decía "¿cómo es que uno no sabía que no iba a ir ni al cielo ni al infierno?", "¿cómo es el purgatorio?". Entonces, aunque el purgatorio sea una utopía, también lo es pensar el futuro de nuestros hijos. Eso de las nuevas generaciones implica el largarse a pensar, el fantasear, el permitirse salirse de los moldes funcionales. Es decir, uno se pone frente a la televisión y lo poco que le queda de imaginación se le va al instante. Eso es porque le dan todos los productos absolutamente cocinados.

**MB:** Absolutamente.

**AP:** Me da miedo, porque no se va a poder seguir educando si no hay ninguna utopía. No importa cuántas ni que sean contradictorias.

**MB:** Retomo dos puntos. Uno es la cuestión del tiempo y el otro, cuando hablás de la utopía, en nombre de qué, en nombre de qué hacer. Doy un ejemplo frente a la fuerza del funcionamiento tecnológico. Supongamos que tenemos un GPS. Hay que ir para los suburbios, pero nos perdemos. Entonces te dicen: "tenés un GPS". ¿En nombre de qué vas a perder tiempo perdiéndote, ¿entendés? ¿En nombre de qué?

Entonces, ese "en nombre de qué" evoca un hueco, efectivamente la utopía a la cual se hace referencia. O sea, lo que nos falta es una estética alternativa. Está la estética dominante que es funcionar bien, ganar tiempo, no perder tiempo. Esa es la estética dominante.

Lo que nos falta es una estética alternativa que, de repente, no parezca una payasada romántica. Es decir, no, me gusta perderme, me gusta tomar el tiempo. Y ¿qué te contestan? Con justicia, te dirían: "vos podés tomar el tiempo, porque capaz que sos un pequeño burgués que tiene plata, yo no puedo perder tiempo". ¿Se entiende? Hoy lo que ha ganado es una estética reaccionaria funcionalista que hace que haya que correr a los chicos; no hay tiempo para educarlos: tienen que aprender cosas astutas. El desafío se pone a ese nivel muy bajo, muy concreto.

Quiere decir que tengo que construir un argumento que no sea aristocrático para contestarle a alguien. ¿Por qué prefiero no tener un GPS? Tomemos otro ejemplo más sencillo. Mi mamá vive acá cerca. El otro día cumplió 94 años y mi hija le hizo una torta. No queríamos comprarla, queríamos hacerla. O sea, hay dimensiones donde todavía nos damos cuenta de que el tiempo no es lo que hay que ganar o perder, sino tomar el tiempo de la cosa. Entonces, de repente, yo sí le puedo explicar a alguien por qué preferimos hacer la torta. Quedan elementos mínimos de una estética alternativa. La gente todavía no está totalmente lobotomizada y puede entender ciertas cosas.

El problema es que la tecnología llega, arrasa con todo. En el caso de la torta, la respuesta es aceptable. Pero en el caso del GPS, ya no lo es. Te dicen: "si podés perder tiempo, es porque tenés guta". Tenemos que poder construir una estética alternativa que, desde mi punto de vista biológico, tiene que ver con la vida, porque la vida no se puede acelerar. Los ciclos vitales, los ciclos telúricos, los ciclos,



se están aplastando. Tenemos que defender una temporalidad de los ciclos, una temporalidad del existir.

Hay gente que escribió sobre esto: el elogio del lector, de lo lento, ¿no? Me parece que es exagerado: no hay por qué elogiar lo lento ni lo rápido. Hay que tomar el tiempo del tiempo. Nos está faltando el inicio de una estética alternativa, que es lo que vos nombrás como utopía. ¿En nombre de qué? Yo hago otra cosa que funcionar, ¿no?

**AP:** Y cómo recupero el gusto, ¿no? O sea, el gusto de no hacer nada. Claro. Hace mucho tiempo me preocupa que la contemplación no existe en nuestra sociedad. En cambio, era algo muy importante en la Antigüedad. Miro desde acá y veo una enredadera llena de flores. Quedarme mirándola, ¿es una pérdida de tiempo? En este momento sería una pérdida de tiempo, porque podría estar escribiendo un artículo que me piden de no sé dónde. Pero me pierdo este placer, es como el de la torta. Es así.

**MB:** Claro. Eso es lo que hay que ganar; hay que volver a esa posibilidad. Cuando estés apurado, estás apurado. Pero no hay que poner como valor máximo el tiempo de la máquina. Está complicado. La contemplación es un lado, pero el aburrirse también es muy importante. Es ese momento en que los límites del mundo se te borran: nada es interesante, nada te motiva. Esos momentos son necesarios, uno no debería estar siempre listo como un *boy scout*. Eso no es la realidad; la realidad tiene baches enormes. Si uno no puede abordar esos baches, si uno puede abordar esa negatividad de la vida, hay algo que no va.

**AP:** He pensado mucho en el tema del tiempo libre. Digamos que lamentablemente lo toma la Unesco desde su mentalidad hace tres décadas. Finalmente, se convirtió en la mercantilización del tiempo libre. Hace dos o tres años, un periodista le preguntó al presidente de Amazon si su meta era ganarle a Google. Él respondió que el objetivo de la empresa era otro: el tiempo libre. Me agarró un ataque de terror, porque eso es algo que ocurre más allá de los monopolios actuales y de la globalización.

No era así en la época de Illia. Personalmente, trabajé en un lugar donde había mucho espacio verde y había tiempo libre. Después vinieron los militares, la dictadura de Onganía, intervinieron el centro educativo y lo iban a transformar en un vivero. Terminó siendo nada, un terreno abandonado. Pero, en las escuelas, lo que fue pasando es que los patios no existen más. Hay muchas escuelas del conurbano en las cuales desde hace mucho tiempo no hay ningún patio, porque no se construyó lo suficiente. Fue necesario usar cada espacio “libre” como salón de clases. Durante los gobiernos kirchneristas, especialmente durante el de Felipe Solá en la Provincia de Buenos Aires, avanzamos en escuelas ambientalistas, etcétera, donde la posibilidad del tiempo como tiempo libre se tuvo bastante en cuenta. Después vino, primero, Daniel Scioli, y luego la gestión provincial del macrismo, que obviamente cortaron el programa.

Por cierto, el otro día fui a una escuela católica de Buenos Aires, en Caballito, y me asombré. Son esas enormes escuelas que algún día un gobierno va a tener que expropiar. Tienen



unos jardines envidiables. Es decir, no hay ningún lugar donde uno encuentre un bloque desde donde no pueda verse un espacio verde. Eso me pareció increíble y, entonces, me acordaba de que las escuelas públicas argentinas algún día fueron así. Cuando llegué a la escuela, me encontré con un huerto escolar. Claro. Ahora, en lugar de eso, hay más y más aulas. ¡El juego libre, el tiempo libre para jugar! ¿A qué juegan los chicos? ¿Juegan con el celular? Es decir, ¿son estimulados a jugar?. Pero eso también tiene que ver con la confusión sobre dónde estamos, qué hay que hacer, hacia dónde vamos. Es decir, no es ni siquiera qué está bien y qué está mal. Eso no tiene respuesta.

**MB:** Me parece que lo que hay en el fondo es esta idea de que la vida es un fenómeno inútil, una pasión inútil. Como decía Jean-Paul Sartre: la vida es una pasión inútil. Eso es lo que tenemos que poder oponer como resistencia al utilitarismo del capitalismo y de las máquinas. Por el momento, la máquina está consustancialmente ligada al neoliberalismo. Pero creo que podemos recuperar una parte de la máquina, ¿no? Y sacársela al neoliberalismo, al capitalismo. No creo que fatalmente la máquina tenga que ser neoliberal, pero hay todo un laburo para recuperarla para esa esencia del humano y de la vida, que es la inutilidad.

Los humanos no somos transitivos, no servimos para nada. Porque servir para algo es reidificar, ¿verdad? La máquina sirve para algo, es transitiva, sirve para funcionar, sirve para producir. Y, de repente, es eso lo que tenemos que aprender, porque el patio que vos evocás, el patio de recreo, es ese lugar que

no es más un plan. O sea, no tiene una utilidad determinada, por más que tenga una canchita de fútbol. Los chicos se imaginan qué van a hacer con eso. Eso tiene que ser el pie en la puerta, para que no la cierren totalmente. Se trata de reivindicar la profunda y digna inutilidad de la vida. La inutilidad del amor, de la literatura, de la cultura. Y de la solidaridad. Porque la solidaridad tiene que ser inútil, sino solo se trata de buscar un beneficio. Pienso que hay que reivindicar un poco una dimensión de la inutilidad. Decirles a los chicos: "tenés que tomar tu tiempo". Tomá tu tiempo. Para eso hay que ayudar a los padres también, porque, por supuesto, tienen miedo frente al mundo actual. Entonces, en vez de dejarles a los chicos tomarse tiempo, los empujan.

En las sociedades no modernas hay una cosa común. Lo que nosotros llamaríamos *el bautismo*, el nombre de los chicos, de las chicas, se da mucho después del nacimiento, cuando se ve cuál es la afinidad electiva del chico. Esperan para ver de qué lado empuja el chico, ¿no? Creo que eso tiene que ver con una cosa muy bella: respetar el capricho de la vida. Sin el capricho de la vida, la evolución no tiene sentido; hay una evolución, pero evolución sin sentido. Umberto Galimberti, un italiano, acaba de publicar un libro muy lindo que se llama *La ética del viandante*. El viandante es el errante. Hay un poema de Antonio Machado también sobre el errante, donde dice que cuando llegan a un lado nunca preguntan dónde llegan. Son buena gente. Aceptan este no sentido de la vida, esta inutilidad errante. Asumir eso, ayudar a los chicos a que puedan asumir eso, me parece que puede ser una orientación.

